

IV Domingo de Cuaresma —Laetare—

- Jos 5, 9a. 10-12. El pueblo de Dios, tras entrar en la tierra prometida, celebra la Pascua.
- Sal 33. R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.
- 2 Cor 5, 17-21. Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo.
- Lc 15, 1-3. 11-32. Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Lucas nos describe, antes de las tres parábolas del capítulo 15, una breve introducción que enfoca el sentido de la enseñanza de Jesús. Los fariseos acusan a Jesús de que anda con los pecadores y recaudadores de impuestos. Y Jesús responde con las parábolas de la misericordia. Jesús está rodeado de pecadores, come con ellos. Los pecadores se acercan a Jesús, le consideran su amigo. Los escribas y fariseos murmuran, se escandalizan y censuran la conducta de Jesús, que es contraria a la Ley.

La parábola del hijo pródigo —o mejor: la parábola del Padre misericordioso— tiene dos partes, señaladas por la frase: Este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado (vs. 24 y 32). La primera parte (vs. 11-24) es completa en sí misma. Podía terminar la parábola ahí. Pero, Lucas añade la segunda parte (25-32). ¿Por qué? Porque entre los oyentes de Jesús había personas (fariseos, escribas) que se escandalizan por la conducta de Jesús y que se creían los “buenos”.

1. El hijo menor

Reclama la parte de la herencia que le corresponde. Según la ley hebrea, los hijos sólo podían disfrutar de la parte de la herencia después de la muerte del padre. Despilfarra la fortuna, malviviendo como un gran pecador. Llega a una situación de total desamparo e infelicidad: hambre, cuidado de cerdos (trabajo denigrante para un judío, que no podía tener ni comer carne de puerco, animal declarado inmundo); deseaba comer lo mismo que tales animales; reflexiona y decide regresar a la casa paterna; sólo como jornalero, sabiendo que perdió sus derechos a la herencia.

2. El hijo mayor

Reacciona violentamente contra el padre y contra su hermano: no quiere entrar a la casa. No entiende lo qué es el amor del Padre: su misericordia y perdón. Está en la casa, pero no comprende qué es “ser padre”. Se queja de su padre: nunca le ha dado un cabrito para comer con sus amigos. Todo lo del padre es suyo, pero no sabe disfrutarlo ni compartirlo. Se cree bueno y responsable, pero desprecia a su hermano, a quien le llama no hermano, sino ese hijo tuyo.

3. El padre con el hijo menor

Se deshace en abrazos, besos, y en regalos: vestido nuevo (signo de invitado de honor y de salvación) anillo (significa: confianza y entrega de poderes), sandalias (signo de libertad; no tiene que andar como un esclavo, descalzo, sino como un auténtico hijo). No le deja al hijo que exprese su frase de perdón. Prepara la gran fiesta: banquete, música, alegría. El banquete es signo de alegría y comunión compartida, fiesta y acogida.

4. El padre con el hijo mayor

El padre salió y trataba de convencerlo (v. 28). Le llama: Hijo. Le recuerda con increíble ternura: tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo (v. 31). Le hace ver que el “ese hijo tuyo” es también su hermano: Hermano tuyo (v. 32). Y trata de hacerle entender que había que hacer fiesta y alegrarse (v. 32).

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- Jesús se describe a sí mismo como el “rostro compasivo y misericordioso” del Padre.
- Dios Padre, contra toda lógica y estilo humano, nos espera, nos ama, nos perdona y hace fiesta por nuestro regreso a su amistad.
- Dios nos ama y nos perdona sin condiciones, Nos devuelve la dignidad perdida. Nos admite en su casa, en su total amistad. Le damos una gran alegría. Y nos organiza una gran fiesta. Ningún reproche, ninguna revisión de nuestra vida desviada. Por supuesto, nada que suene a castigo o reprensión. ¡Qué maravilla!
- Realmente, ¡Dios se pasa de bueno! ¡Es un Padrazo!

3. ¿Qué le respondo al Señor?

- Dile al Padre: gracias por tu gran amor, por tu perdón, por tu ternura.
- Dile a Jesús: gracias, porque has venido a manifestarme quién es Dios, y me acompañas por estos caminos desviados, por los que ando con frecuencia, para que contigo regrese al amor del Padre. Te has vestido con mis andrajos para que, arrepentido, camine hacia el Padre, siempre acompañado por ti.